



*¿Lo importante es competir? ¿No importa nada el resultado? ¿Del equipo somos todos, incluso los eternos suplentes? El fútbol, como la vida, está lleno de preguntas. Y si se trata del fútbol infantil, más aún: nos estamos formando. En este número del Boletín Ventanas dedicado a Fútbol y LIJ, compartimos “El sabor del empate”, un cuento inédito de Hernán Carbonel\*, a la vez tierno, duro y gracioso. Como suelen ser los mejores cuentos futboleros.*

### EL SABOR DEL EMPATE

Por Hernán Carbonel

Digamos que la séptima división categoría '86 del Club Social y Deportivo Garduña podía llegar a ser cualquier cosa, menos un equipo destinado a quedar en la historia del balompié mundial. O sí, pero solo en las estadísticas de los fracasos, esos que cada tanto aparecen como notas de color en los suplementos deportivos de los diarios y que solo se compara a los tres penales errados por Palermo jugando para la selección, el 3 a 0 del Milán sobre el Liverpool que los ingleses empataron y terminaron ganando por penales o cosas por el estilo. Perder se nos había hecho quiste, esa sería una forma de definirlo.

¿Cómo explicar la saga completa de todos los naufragios futbolísticos de un equipo? ¿Para qué ocultar el derrotero que marcó para siempre aquella porción de nuestras vidas, cuando teníamos apenas once, doce años, y recién empezábamos a jugar por los puntos?

Éramos tan parte de la tragedia y estábamos tan adiestrados en la tarea de perder por tres, cuatro o cinco goles, que nuestra máxima aspiración era, al menos, convertir un gol o rescatar un puntito. Así y todo, nunca lográbamos remendar los reveses asegurados desde el minuto cero.

Para mitad del campeonato, el técnico ya había agotado todos los recursos ofensivos. Cambiaba de nueve como de pantalones: ninguno le hacía un gol a nadie. Había probado con todo: un lungo desgarrado para que le tiraran centros; un petiso ágil, movedizo, que se colara entre los zagueros centrales del equipo rival; un tanque alto, relleno, que pechase a cuanto tipo se le cruzase. Nada. Las caras y los apellidos mudaban pero la situación era la misma; no nos habíamos aprendido el nombre del nueve del sábado anterior cuando ya había otro poniéndose la camiseta en el entrenamiento. Parecía que la única condición para ser número nueve de la séptima del Club Social y Deportivo Garduña fuera no hacer goles.

El arquero, otro tanto. A cada pelota que llegaba al arco (que eran muchas, porque si los nueve no hacían goles y el mediocampo era un lugar de tránsito para los rivales, la defensa era un flan a punto de derretirse), el arquero terminaba volando como una paloma herida antes de convertirse en el testigo privilegiado de aquellas goleadas, levantando polvareda al caer tras una acrobacia desacompasada y su consecuente revolcón. A qué mentir: su gran mueca era girar para ver en qué rincón del arco había quedado guardada la pelota. Con aire solemne entraba esperanzado en el vestuario –bolsa naranja guantes infructuosos, rodilleras, buzo con el 1 en la espalda–, abatido salía de la cancha después de un traspie lapidario. El ambiente en el vestuario pos partido era eso: congoja, miradas de soslayo, silencio.

De mi situación en el equipo no es mucho lo que podría decirse. En las prácticas jugaba de dos y en los partidos de once, que sería lo mismo que decir que no jugaba de nada. Siempre hacía banco y entraba de poco para abajo. Llegó a suceder incluso que, cuando no hubo arquero suplente, me mandaron a ponerme el buzo con el 12 en la espalda.

En particular –cosa de la que el técnico nunca se había enterado– me gustaba jugar de volante y tirarme un poco atrás, buscar la pelota y tratar de generar algo de juego, porque esperar que la redonda me llegara cómoda era casi una utopía. Cuando uno es suplente y le toca entrar (si es que entra) no más de quince minutos por partido, los que ya vienen jugando desde el principio son reticentes a largar la bocha. Es como que uno no tiene ganada la reputación para merecer que le llegue una pelota.

Una sola vez estuve entre los once titulares. No era por el campeonato local, tampoco era una práctica. La etiqueta correcta sería *amistoso*.

El equipo titular había viajado a Luján a jugar un partido por un intercambio deportivo entre municipios, y me tocó jugar para lo que hoy suelen llamar el “equipo alternativo”, que no es otra cosa que una forma sutil de definir a los eternos suplentes: los pibes que aún no han sido promovidos a la siguiente categoría, los que no están en buena forma física, los pataduras.

El partido era frente a un combinado de otra localidad. Esa tarde hice un gol, el único gol en un partido –oficial, amistoso, no importa– vistiendo la camiseta del Club Social y Deportivo Garduña: negra y roja a bastones horizontales.

Habíamos empezado ganando 2 a 0, pero para la mitad del segundo tiempo los rivales habían empatado e incluso se habían puesto 3 a 2 arriba. Con ese resultado me tocó entrar. Casi sobre el tiempo cumplido, la pelota me llegó desde la derecha. De espaldas al arco, con el aliento del 2 rival pegado al cuello, la quise parar con la suela del botín y se me escurrió por debajo. A pesar de lo confundido que quedé por tremenda pifia, pude oír, de fondo, las protestas del técnico, la tribuna y mis compañeros.

El balón siguió manso hacia la izquierda y la agarró el 3 nuestro, echó un centro menos para buscar el gol que para sacarse la pelota de encima, al arquero se le escurrió de las manos y me quedó servidita cerca del punto penal. Le di fuerte, con los ojos cerrados. La red tembló, salí corriendo hacia el medio de la cancha. Esquivé a

todos los compañeros que quisieron abrazarme mientras gritaba “¡gol, gol, gol!”. Fui a arrodillarme frente a la tribuna y abrí los brazos al cielo, como había hecho el Tata Brown en aquella final inolvidable. Me dolía la garganta de tanto gritar. Y aunque era un empate sobre la hora, de locales y con equipo alternativo, para mí era la gesta del Azteca.

Una vez en el vestuario, el técnico nos citó para el martes siguiente. Cosa extraña, porque ese día no había entrenamientos.

Domingo y lunes transcurrieron entre incertidumbres. Esperábamos un reto típico: cosas como “lo que hace falta es garra y empeño”, “a jugar bien al fútbol se aprende, y yo estoy acá para enseñarles, de ustedes depende aprender” o, en el mejor de los casos, “¿ven que, si se quiere, se puede?”.

Nada de eso: la cita tenía otro motivo. La Subcomisión de Fútbol Infantil había decidido agasajarnos con una cena por haber logrado el primer empate en once partidos. Comimos choripanes y alfajores y tomamos litros de jugo de naranja y nos fuimos a dormir rechonchos y satisfechos. El partido del sábado siguiente por el torneo local se encargaría de devolvernos a la realidad, pero nadie podía quitarnos ya el recuerdo del sabor del empate.

\* **Hernán Carbonel** vive en Salto, provincia de Buenos Aires. Escribe para el suplemento literario de *La Gaceta de Tucumán* y para la revista *Acción Cooperativa*; produce y conduce programas de radio y da talleres de lectura. Ha trabajado como bibliotecario y colaborado en varios medios gráficos y digitales sobre turismo, cultura e interés general. Algunos cuentos suyos fueron publicados en revistas literarias y antologías. Publicó los libros *Antiguos dueños de la tierra* (en conjunto con Mario Méndez y Jorge Grubissich, Ediciones Amauta), *El chico que no crecía y otros cuentos* (Galerna Infantil) y la investigación periodística *El caso Arroyo Dulce*, con prólogos de Antonio Dal Masetto y Sergio Pujol.